

animal risible. Si mi ridículo traje había movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y después que se rió cuanto quiso:

— ¡Por cierto, Gil Blas, exclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿Quién diablos te ha disfrazado así?

— Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábetelo que soy sustituto del doctor Sangrado, médico el más famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina; de manera que, como él no puede visitar á todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. Él asiste á la gente principal y yo á la plebe.

— ¡Bellamente!, replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya y él se ha guardado la ilustre. Doite el parabién de la parte que te ha tocado, que, en mi concepto, es la mejor, porque á un médico le conviene más ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! Sus yerros son menos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la más envidiable, y por hablar á manera de Alejandro, si yo no fuera Fabricio, querría ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Núñez conociese que no exageraba ni mentía en alabar tanto mi presente condición, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y después nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenía de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y con licencia del oráculo latino, al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le había hecho. Detuvímonos bastante Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche, nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo paraje.

CAPITULO IV

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad.

Aventura de la sortija recobrada

No bien había yo entrado en casa, cuando también volvió á ella el doctor Sangrado. Informéle de los enfermos que había visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habían valido mis recetas.

— Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren.

Tomólos, y embolsándose los seis, me dió sólo dos.

— Toma, Gil Blas, prosiguió; ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mío, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razón, pues habiendo resuelto quedarme con la tercera parte de lo que recibía, y cediéndome el doctor la cuarta parte de lo que yo le entregaba, venía á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibía. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al día siguiente, luego que comí, volví á echarme á cuestras el hábito de sustituto y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo había sentado en el libro, y á todos les receté los mismos medicamentos, aunque padecían diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se había alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenía un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado

allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesías á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí que había sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y después de haberme mirado atentamente:

— Señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos; pero confieso que la fisonomía de usted es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que usted haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte.

— Yo, señor, le contesté, soy un joven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangrado, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca.

— Doy á usted la enhorabuena, me replicó cortésmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será usted habilísimo, aunque tan mozo todavía.

Dijo esto con tanta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que había de replicar, cuando el droguero tomó la palabra y nos dijo:

— Señores, tengo por cierto que ustedes saben uno y otro perfectamente la medicina; y así les ruego que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrían la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla.

— Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los días y que se le dé á beber agua caliente en abundancia.

Al oír esto el mediquín, me preguntó sonriéndose con aire socarrón:

— ¿Y cree usted que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo?

— ¡Y cómo que lo creo!, respondí animoso; sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y si no, que lo diga el doctor Sangrado.

— Según eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate asegurando que para facilitar la curación de un hidrópico es conveniente dejarle padecer hambre y sed.

— ¡Oh!, le repliqué, yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse como se engañaron otros, y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones.

— Conozco por la explicación de usted, repuso Cuchillo, la práctica segura

y buena que el doctor Sangrado quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangría y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos...

— Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad; no está bien en un hombre de la profesión de usted tocar esta tecla. Sin sacar sangre y sin dejarlos beber se han enviado muchos hombres á la sepultura, y quizá usted habrá despachado á ella más que otros. Si usted tiene algo contra el Sr. Sangrado, escriba impugnándole, que no dejará ciertamente de contestar, y entonces veremos quién es el que queda vencido.

— ¡Por San Pedro y San Pablo, prorrumpió lleno de cólera el doctorcillo, que usted no conoce al doctor Cuchillo! Sepa, pues, amigo mío, que tengo garras y colmillos y que de ningún modo me causa miedo Sangrado; el cual, mal que le pese á su vanidad y presunción, no es más en suma que un original sin copia.

La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Repliqué con enfado, correspondíome con el mismo, y en breve vinimos á las manos. Dímonos algunas puñadas y nos arrancamos uno á otro porción de pelos antes que el droguero y su pariente nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita, é hicieron quedar á mi antagonista, que verosíblemente les pareció más hábil que yo.

Después de esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Díjome mil desvergüenzas, y aun me amenazó con que me echaría por la ventana. Salí de aquella casa más de prisa de lo que había entrado. No quise visitar más enfermos aquel día, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habíamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teníamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y después nos retiramos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangrado el achaque de que yo adolecía, porque le conté con tanta energía lo que me había sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y cólera que me había causado el lance que le refería. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo, y así me dijo:

— Hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó más bien dicho, embrión de nuestra facultad. Pues

qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrójicos bebidas acuosas? ¡Pobre mentecato! Pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para éstas, como para los reumatismos y opilaciones. Es también muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo y por otra le hielan, y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores fríos, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinión sólo parece extraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy aceptable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razón en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarían á ser mis mayores apasionados.

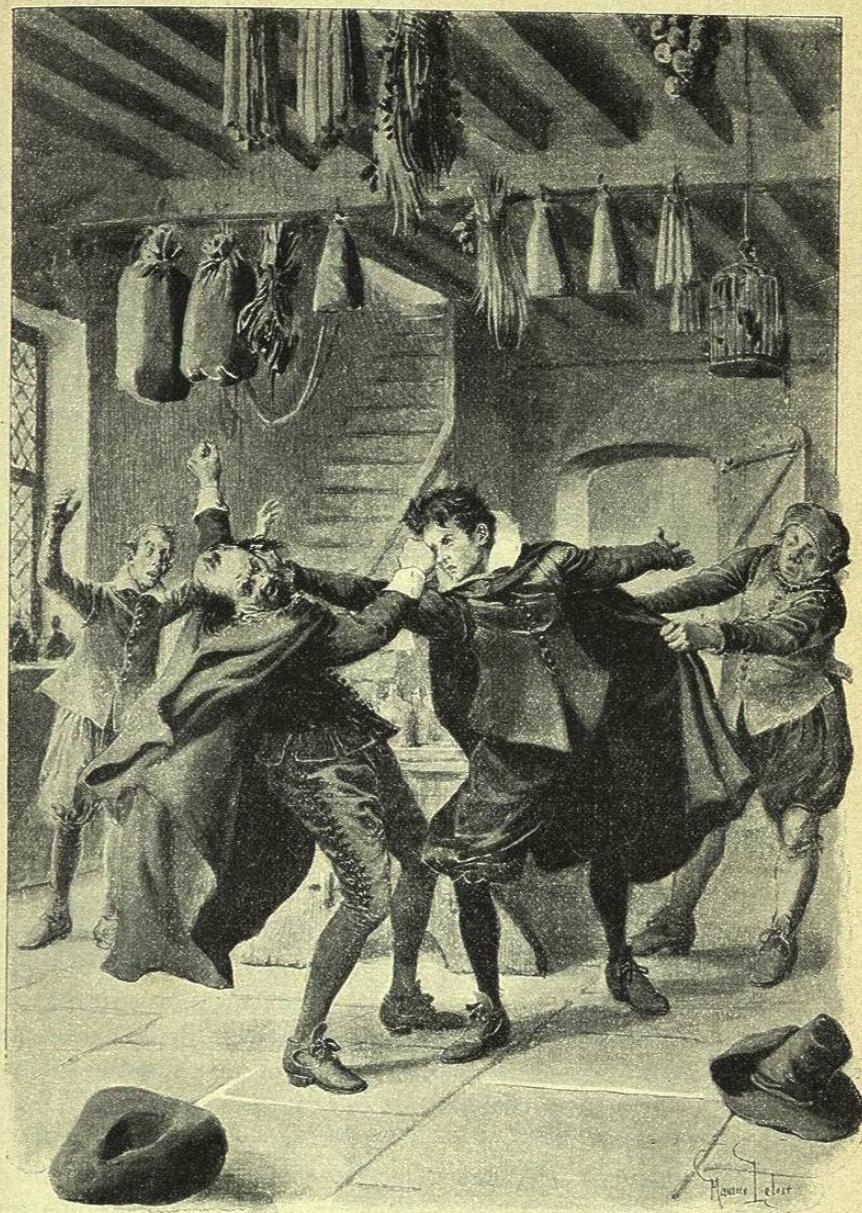
Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues, por irritarle más, adredemente había yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche había yo bebido más agua de lo que acostumbraba, porque, con efecto, el vino me había dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangrado habría maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba y de los muchos vasos de agua que bebía; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas; y así me dijo sonriéndose:

— Amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mía que la bebes como pudieras el más delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabía yo que con el tiempo te acostumbrarías á este soberano licor.

— Señor, le contesté, dice bien aquel refrán: «Cada cosa á su tiempo y los nabos en Adviento.» Lo que es ahora, crea su merced que daría yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua.

Quedó tan encantado el doctor con esta contestación, que tomó de ella ocasión para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frío, sino como orador entusiasmado.

— ¡Mil y aun mil millones de veces, exclamó, eran más estimables y más inocentes que las tabernas de nuestros tiempos las termópilas de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en el vino, sino que concurrían allí á divertirse honestamente y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia! Nunca se admirará bastantemente



Dímonos algunas puñadas y nos arrancamos uno á otro porción de pelos antes que el droguero y su pariente nos pudiesen separar